

## Las del vermú

Me despierto con el sonido de la alarma. Cualquiera otro día habría aporreado el despertador, pero hoy agradezco haber salido de la pesadilla que no me ha dejado dormir bien. Alguien del equipo me gritaba que le pasara el balón pero yo chutaba con tanta fuerza que la pelota acababa saliendo del campo. El árbitro pitaba el final y perdíamos el partido.

—¡Álex, el desayuno!—grita mi madre.

Bajo las escaleras sin mucho ánimo, aún con el disgusto que me ha provocado el sueño, pero sonrío al ver a mi abuela en el pasillo, que me espera con los brazos abiertos.

Mi abuela... No sé cuántas veces habré escuchado en el pueblo que siempre ha sido una mujer adelantada a su tiempo. Un buen día decidió que los domingos quería descansar de la cocina y hacer el vermut con sus amigas. Así que le dijo al abuelo que, si los domingos quería comer, tendría que cocinar él. Se comieron unas cuantas lentejas quemadas, pero con el tiempo el abuelo aprendió a hacerlas mejor que nadie.

Al principio la abuela sólo consiguió convencer a su mejor amiga para que se uniera a su causa, pero poco a poco les fueron acompañando muchas más mujeres del pueblo, a las que llamaron "Las del vermú".

—¡Abuela! ¿qué haces aquí?—pregunto, abrazándola.

—¿Dónde iba a estar, sino?

Al separarnos, me fijo en la camiseta que lleva: una foto mía jugando al fútbol estampada y debajo, el lema: "Alejandra, 3ª generación de *Las del vermú*".